

ca jienense de Linares, con las consecuencias que ello tiene para la vida de todo el área. Caso similar es el de los mineros de Riotinto, donde las vicisitudes de las diferentes compañías propietarias de la mina han incidido directamente en toda la cuenca minera debido a su dependencia absoluta de una actividad y una empresa concreta, lo que ha marcado todos los aspectos culturales de la zona, dado que individuos de otros sectores sociales han desarrollado por mimetismo valores asignados a la cultura minera.

El estudio que se realiza en los diferentes textos en relación con los modos de producción, nos permiten detectar ciertas regularidades en las consecuencias de su aplicación. Así, tanto en el caso de Andalucía-Japón, como en el de México-USA, los requerimientos internacionales han generado nuevas culturas de trabajo en las localidades autóctonas donde se aplicaban, siguiendo las directrices de las empresas matriz. Se aprecia una tendencia al consenso y la participación en México y Euskadi en la intencionalidad al aplicar nuevos modos de producción, si bien los resultados de las investigaciones ponen de manifiesto que los cambios no son tan reales como podría esperarse. Además se analiza la relación entre cultura de trabajo y cultura de empresa tanto en el artículo de Arturo Lahera sobre Suzuki y Santana como en el de Javier Escalera relativo a la cuenca minera de Riotinto.

Finalmente, mencionar el lugar especial que tiene la mujer a lo largo de tres de los once artículos que inciden particularmente en la invisibilidad de las mismas en el mercado laboral, ya sea al no aparecer en las estadísticas de los años 40 al 65 indicando su valiosa aportación económica en familias con una situación claramente precaria, como pone de manifiesto Julio Fernández; ya sea por la precariedad actual de los empleos de proximidad que nos indica Annie Dussuet. No obstante, Castilla y Torres parecen presentar una situación laboral para las mujeres mexicanas de Yucatán algo más favorable en comparación con el escenario que las rodea, donde el hambre, la descalificación y el desempleo son la primera causa de su entrega positiva hacia la empresa en respuesta al reconocimiento de su labor y los incentivos logrados por su eficiencia.

Susana MURCIA
Universidad Complutense

CONOCIENDO NUESTRAS ESCUELAS.
UN ACERCAMIENTO ETNOGRÁFICO A LA CULTURA ESCOLAR
MARÍA BERTHELY Y BUSQUETS, Barcelona: Paidós. 131 pp.

El interés compartido por educadores y antropólogos por la cultura escolar ha dado lugar al desarrollo de numerosas investigaciones sobre el terreno des-

de diversas perspectivas metodológicas. Este interés es fruto de la necesidad de comprender lo que sucede en las escuelas en que unos realizan un trabajo pedagógico y otros encuentran un marco privilegiado para entender, sobre todo, los procesos de transmisión cultural. Con tales investigaciones se pretende un acercamiento a las escuelas en tanto que instituciones en las que se desarrollan formas singulares de relación social con significados particulares, lo que se ha llegado a denominar «cultura escolar». Junto a éstas han aparecido obras de carácter metodológico y formativo que pretenden ofrecer, en gran medida a profesionales de la educación, elementos para la comprensión de las situaciones en que se ven inmersos en su actividad cotidiana.

Esta obra constituye principalmente una propuesta metodológica desde la experiencia personal de su autora, en tanto que investigadora y formadora de investigadores en etnografía escolar. Presenta, desde la particularidad, una herramienta para ser utilizada en función de las circunstancias y condiciones concretas en que se realiza la investigación. Comenzando con un repaso epistemológico, tan centrado en enmarcar la propuesta particular para realizar etnografía escolar como en apostar claramente por una opción teórica concreta, se muestra luego una pequeña guía para la realización de etnografía en la escuela, y concluye con una reflexión ejemplificada sobre la figura del investigador y la formación de etnógrafos.

Con una explícita intención formativa (didáctica) cuyo contenido central se mueve entre lo prescriptivo y lo ejemplarizante, se presenta un «procedimiento» para realizar etnografía escolar, un procedimiento que la autora se esfuerza en dejar claro que no es una «receta». Pero si bien el concepto de «receta» puede entrar en contradicción con los presupuestos metodológicos y políticos explícitos —subjetivistas y antihegemonistas— en que se asienta esta obra, sería conveniente apreciar lo positivo que una receta, de cocina, por ejemplo, tiene: el cocinero experto puede aprovechar lo que de sugerente y novedoso puede aportar a su hacer, mientras que al aprendiz le ofrece la seguridad necesaria para comenzar a experimentar con los ingredientes mientras adquiere un cierto grado de habilidad.

La etnografía escolar se presenta como el instrumento idóneo para la comprensión de lo que sucede en aulas y escuelas. La etnografía se entiende aquí, desde planteamientos culturalistas, como opción teórica y política, no como una mera recogida de datos, de lo que se acusa permanentemente, siguiendo a Clifford y Marcus, a la concepción que de la etnografía tiene la antropología funcionalista. De este modo, se define la práctica etnográfica como un procedimiento inductivo frente a la investigación deductiva, subjetivista en sus planteamientos frente a las pretensiones de objetividad de los planteamientos positivistas, y así hasta identificar exclusivamente lo etnográfico con lo interpretativo y comprensivo.

Este planteamiento se lleva a cabo desde el reconocimiento de la presencia de tres niveles epistemológicos en la práctica de la investigación etnográfica. En un primer nivel se sitúa la acción significativa, es decir, aquellas acciones e interacciones cotidianas así como aquellas interpretaciones que los actores, etnógrafo incluido, hacen de ellas y que le ofrecen un primer sentido, todavía localista y particular. En un segundo nivel se alude a la inserción de estos significados en un contexto sociocultural concreto, lo que permitiría generalizar desde la reconstrucción de esos procesos macrosociales o de las tramas significativas que la acción social construye y de la que toman su sentido. Cabe decir que la autora se decanta en este segundo nivel, adoptando el concepto de cultura de Geertz, por las tramas significativas. Por último se plantea la necesidad de inscribir la etnografía en su contexto político, en la relación de poder que supone la lucha de clases, y dentro de ésta, fiel a su enfoque interpretativo, a la lucha por el control de la significación. Para ello se ampara en los planteamientos gramscianos en torno al concepto de hegemonía.

Desde este reconocimiento del sentido científico (no cientifista) y político de la etnografía, a través de los tres niveles de reconstrucción epistemológica articulados en torno a los conceptos de «acción significativa», «cultura» y «ejercicio hegemónico», se plantea un procedimiento «inductivo» que pretende comprender diversos aspectos de la cultura escolar: fundamentalmente, y siguiendo la trayectoria de la etnografía escolar en México, los que responderían a las dimensiones curricular, institucional y social.

El procedimiento propuesto huye de un inductivismo ingenuo, que entraría en conflicto con los diferentes niveles de reconstrucción epistemológica que produce la etnografía y con el mismo propósito de la obra como apoyo a la formación de etnógrafos. Se ofrecen, entonces, una serie de pasos y procesos que comienzan con la adquisición de unas «habilidades etnográficas básicas», habilidades que consisten en saber inscribir e interpretar la acción social en un primer nivel de reconstrucción epistemológica, antes de pasar a profundizar en otros niveles interpretativos. Para ello el etnógrafo ha de aprender a dotarse de unos conceptos y estrategias acordes con lo que se plantea como «enfoque etnográfico, cualitativo o interpretativo».

Como primer paso se plantea necesario desarrollar un protocolo de investigación que parta, no de una hipótesis (lo que significaría para esta autora caer en lo deductivo) sino de una «pregunta de carácter comprensivo» (que se ajusta más a su intención inductiva). Sobre esta base se delimitarían las distintas dimensiones de la cultura escolar a que tal pregunta haga referencia, para, en función de ello, armarse conceptualmente a partir de la tradición etnográfica, y delimitar espacios, tiempos, agentes y situaciones significativas para trabajar sobre ellas. A partir de aquí la técnica y los instrumentos de investigación no difieren de los utilizados en cualquier tipo de quehacer etnográfico,

no exclusivamente interpretativo y culturalista: la observación participante como técnica y los registros de observación y entrevista como instrumentos.

Es el tratamiento, la forma de usar los instrumentos de investigación (la inscripción en los registros de acciones e interpretaciones) lo que singulariza esta propuesta. Se propone un registro de observación en dos columnas: una para inscripción y otra para interpretación; con claves y encabezados que ayuden a relacionar registros entre sí y con un espacio final para unas primeras conjeturas.

En estos registros se inscribirían los contenidos en función del diseño de investigación; en la columna de inscripción siempre desde un punto de vista *emic*, mientras que en la columna de interpretación se anotarían todas las inferencias, conjeturas, enlaces, valoraciones y llamadas de atención del investigador. Luego se buscarían patrones de comportamiento y elementos recurrentes para llegar a establecer conjeturas de mayor alcance sobre relaciones significativas. Estas conjeturas luego son cotejadas con los conceptos teóricos desarrollados por otros autores.

La propuesta continúa con ejemplos de descripción etnográfica de situaciones concretas en que pueden apreciarse los distintos conceptos que se han utilizado a lo largo del proceso etnográfico: preguntas, dimensiones, referente empírico, técnicas, instrumentos y primeras inferencias. Para terminar se muestran una serie de documentos etnográficos producidos por la autora: un registro de observación en diferentes momentos de profundización interpretativa, junto con tablas de clasificación de patrones recurrentes, que concluyen en un texto etnográfico interpretativo centrado en el primer nivel de reconstrucción epistemológica, en «la acción social significativa».

Pero no sólo nos encontramos ante una guía de investigación útil para investigadores noveles, y un conjunto de técnicas etnográficas aplicables, salvando las distancias metodológicas necesarias, a otras perspectivas no tan declaradamente culturalistas, sino que también puede tomarse esta obra como una invitación a la reflexión sobre las potencialidades y carencias de los planteamientos interpretativos en investigación social en sus dimensiones científica y política. Y, desde este punto de vista, la obra puede ser objeto de comentarios críticos que incidan en las limitaciones de las posturas culturalistas.

Como se ha dicho, se plantea la etnografía en tres niveles de reconstrucción epistemológica: un primer nivel centrado en la acción significativa que constituye la base de la investigación; un segundo nivel referido a la inserción de la acción en un marco sociocultural e histórico, lo que permitiría la generalización y, aunque le pese a la autora, lo que desde algunas corrientes funcionalistas se llamó explicación; y un tercer nivel consistente en la inserción de la etnografía en el juego de luchas hegemónicas y antihegemónicas que se producen en un contexto social más amplio. Este planteamiento, si bien mues-

tra una dimensión política, no realiza —en mi opinión— una crítica a los presupuestos políticos de la labor. Se habla de posibilidades políticas, de la necesidad de restituir significados para oponer a los discursos oficiales, que imponen una falsa homogeneidad en las escuelas mediante representaciones hegemónicas. Pero esto aparece en un tercer nivel, después de haberse dotado de herramientas y conceptos epistemológicos sin plantear las condiciones sociopolíticas en que se han producido. Se restringe, de este modo, el sentido político a la acción significativa tal y como termina siendo interpretada por el etnógrafo, quedando fuera del análisis todos los presupuestos conceptuales y metodológicos que producen tal interpretación y su inserción en contextos socioculturales y políticos.

Pensar que la restitución de significados llevada a cabo por el etnógrafo puede contribuir a un cambio, al menos en la representación, de los fenómenos sociales interpretados, puede deberse a la falta de cuestionamiento sobre la posición del etnógrafo en tanto que sujeto sociopolíticamente situado, no sólo producto de una buena o mala formación.

Manuel ORTIZ MATEOS
Universidad Complutense

BETANZOS FRENTE A SU HISTORIA. SOCIEDAD Y PATRIMONIO
JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE ROTA Y MONTER y M^A DEL PILAR IRIMIA FERNÁNDEZ, Fundación Caixa Galicia, 2000

El título de la obra, una cuidada (y lujosa) edición repleta de vistosas fotografías de la localidad gallega de Betanzos y una hojeada apresurada a las páginas del libro, ofrecen la primera impresión de que nos hallamos frente a otra monografía de una pequeña ciudad de las consideradas «históricas», en la que un estudio de sus tradiciones, sus ritos festivos, su organización interna y sus relaciones con el exterior, parece «hecho a medida» de los instrumentos de análisis y sobre todo de las tradiciones temáticas de la antropología, a la vez que conecta con un interés social general por el conocimiento y la preservación del patrimonio cultural y de las tradiciones autóctonas —lo cual explicaría la identidad del editor así como la calidad, difícilmente mejorable, de la edición. Sin embargo, una posterior lectura del libro, deshace rápidamente esta primera y prejuiciosa imagen, para dejarnos frente a una obra compleja, que integra distintos e imbricados niveles de análisis, cuya conexión se nos antoja en ocasiones demasiado implícita, poco subrayada, lo que obliga a la realización de una lectura especialmente activa, que logre seguir los distintos hilos de una obra que conecta heterogéneas aproximaciones etnográficas a la